

Bô Yin Râ

Una
Distinción Necesaria

Revisión con respecto al original alemán
finalizada en Octubre de 2011

www.boyinra-espanol.com.ar

Título del capítulo del original alemán: “Notwendige Unterscheidung“
del libro: “El Camino de mis Alumnos” - “Der Weg meiner Schüler“

Traducción al español:

Jan A. Schymura con la colaboración de Eduardo Cícari-Neumann,
Buenos Aires, Mayo año 2011,

sobre la no modificada versión del año 1932,
editada por Kober Verlag AG, Berna – Suiza.

Revisión con respecto al original alemán:

Jan A. Schymura

© Copyright by Kober Verlag AG, Bern.

Todos los derechos reservados.

CORTA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Bô Yin Râ, autor de más de 30 libros, de numerosos escritos y obras pictóricas, es el nombre espiritual de Joseph Anton Schneiderfranken, nacido en el año 1876 en Aschaffenburg, Alemania y fallecido en Massagno-Lugano, Suiza en el año 1943.

Estudió pintura en la ciudad de Frankfurt y en las academias de Munich, Paris y Viena, pero las experiencias en Grecia fueron determinantes para el artista, las que finalmente lo encaminaron hacia lo que él, nos trasmite en sus libros y pinturas.

Sus escritos consisten en darnos valor y ayuda en medio de lo cotidiano, a pesar de todas las dificultades, a fin de que podamos encontrar el propio camino que nos conduzca hacia el ser interno viviente. Algunos comentarios suyos a modo de testimonio nos dicen:

“Debo señalar que todos mis libros presentan una realidad no material desde dos perspectivas bien diferentes. Por un lado describo experiencias que he descubierto, que están al alcance de cualquiera, si bien la amplitud y profundidad de comprensión de las mismas dependerá de las facultades innatas de cada persona. Pero por otra parte, transmito también cosas que sé, en virtud de una percepción espiritual específica, diferente, no accesible a otros, de la cual, sin embargo, hablo solamente cuando dichas revelaciones son posibles y necesarias”.

En otro pasaje agrega: *“Brindo testimonio basado en la experiencia personal, que el ser humano está enraizado en la sustancia de un campo de energía espiritual. Esta energía no puede ser percibida por órganos físicos, materiales, sino sólo por los sentidos espirituales que el ser humano posee. Dentro de este campo de energía espiritual, el ser humano puede despertar, como un individuo consciente, aún en su vida presente en la tierra, sin embargo, inevitablemente deberá hacerlo una vez que su existencia física haya llegado a su fin”*.

Los Editores

UNA DISTINCIÓN NECESARIA

Lo que quiero dar a entender sobre la palabra “*espíritu*”, está claramente expresado en todos mis libros.

Ya que en el uso cotidiano del idioma, y aun en la terminología de los eruditos, es esa misma palabra utilizada también para denominar las funciones del *cerebro* humano y sus efectos, veo a éste o a aquel alumno mio *malinterpretar* con frecuencia una y otra vez la palabra “*espíritu*” cuando se la encuentra en mis libros.

Esto no es por cierto nada sorprendente, ya que en la vida cotidiana se habla del trabajo “*espiritual*”, del cansancio del “*espíritu*”, de la aguda dicción “*espiritual*”, de los ingeniosos comentarios “*espirituales*”, de la frescura “*espiritual*”, así como también de estar “*espiritualmente*” enajenado, y presto el *tal* llamado “*espíritu*” se eleva hasta el trono más alto, para luego declararle la *guerra* en favor del *alma*.

Pero lo que allí se denomina con la palabra “*espíritu*” es el *trabajo cerebral*, - es la exteriorización de la *función cerebral* perfeccionada por su continuo uso, - particular testigo del *veloz* trabajo del cerebro, o de su continuo *potencial de eficacia*, tal como por otra parte, se llaman “*enfermedades espirituales*” aquellas que son enfermedades-cerebrales, sean éstas generadas por causas *físicas bien reconocibles* o por algún tipo

de influencias *ocultas*.

Es sólo un síntoma del propio alejamiento del espíritu, cuando el ser humano terrenal, “caído” del Ser conciente del Espíritu sustancial, experimenta las manifestaciones de su cerebro como algo “espiritual”, es así que se habla de un “espíritu activo” cuando se refiere a un *cerebro* activo.

Solamente ahí donde la palabra “espíritu” debe normalmente denominar un ser individual, invisible y desmaterializado: una manifestación del “Más Allá”, se trasluce el último rayo, casi completamente absorbido por la oscuridad, de una vivencia primordial del “espíritu” *sustancial*, sean que las imágenes que el ser humano se creó para hacer a veces concebible a lo invisible, muestren formas fantásticas y horripilantes, grotescas y vulgares.

En cambio, en las zonas de las religiones europeizadas, se *habla* mucho del espíritu, - pero si se atiende realmente bien al tono de las palabras, uno se da cuenta que *también en este caso* sólo se denomina al “espíritu” como una forma más sutil del *funcionamiento del cerebro*, como cuando se habla del espíritu de la *eternidad*, del espíritu de *dios* y del espíritu “santo”.

Si bien es cierto que Dios es Espíritu, y “los que le adoran”, suelen adorarle “en Espíritu” y por lo tanto en “Verdad”, sin embargo a este espíritu que es *dios*, se lo entiende como semejante a una experiencia

cerebral humana, a una conciencia cerebral enormemente desarrollada y la *adoración* en el espíritu es concebida no de otro modo que en *pensamientos*.

Del *eterno espíritu sustancial*, como la más luminosa y traslúcida irradiación del Dios *en nosotros* que podemos vivamente experimentar, no se tiene la menor idea.

¡No es sorprendente entonces, cuando se alzan las voces de guerra contra la supremacía del “espíritu” de los *cerebros*, brillando en tantos engañosos colores!

¡No es sorprendente entonces, cuando se busca defender con respecto a él los derechos del *alma*!

El impulso hacia tal lucha es dado por la certeza interna, que el “espíritu” de los cerebros terrenales no puede de ninguna manera ser el bien supremo, que nos es posible experimentar internamente.

Con “precisos” sentidos de percepción internos, uno se acerca al *alma*, en cuyas manifestaciones se percibe una fuerza, que es infinitamente superior al conocimiento del cerebro sobre si mismo.

Uno por fuerza, *debe* rechazar las palabras de Pablo, de que el Espíritu lo

penetra todo, aun “las profundidades de Dios”, - mientras que al escuchar ese dicho, uno piense en un “Espíritu” que no es mas que el resultado del movimiento de las células cerebrales. –

Que aquí se trate por el contrario del eterno espíritu sustancial que de *ninguna* manera *depende del cerebro*, el cual es sólo una creación de aquel espíritu, es ya lamentablemente desde hace mucho un misterio ...

El ser humano de esta Tierra se ha volcado hacia un pensar cada vez mas diferenciado, siempre fascinado por la creencia absurda de que su condicionado pensar cerebral seria “*espíritu*” del espíritu de la eternidad, - y solo en unos pocos se pudo conservar la leve intuición, que debería haber un reconocimiento, que jamás podría ser alcanzable a través de una actividad cerebral, - un reconocimiento desde la *vivencia* real del espíritu - y no desde un razonamiento deductivo, extrapolar o concluyente.

Pero *cómo* alcanzar aquel vislumbrado reconocimiento, nadie lo supo decir, aunque no faltaron testimonios *afirmando* esa posibilidad.

¡Pero en todos los tiempos les fue posible a sólo aquellos que lograron entrar “en el espíritu”: “*en*” el eterno espíritu, viviente de si mismo, indestructible, inalterable e sustancial!

Ese “espíritu” se capta tanto menos en el *pensar* cerebral, como con los sentidos terrenales-animales.

Tenemos que estar “*en*” el, si quisiéramos conocer, ahondar e investigar en *el*, y nosotros *podríamos* entrar en el, ya que nosotros - también físicamente – somos *vividos* por el: - ya que el “vive” en *nosotros*, aun cuando todavía *no* seamos capaces de vivir en *el* ...

¡Pero jamás podremos, con la ayuda de cualquier *actividad cerebral*, entrar “en el espíritu”!

¡Ya que se trata de un *suceder*, y no de un pensar terrenal o un imaginar!

Si bien es cierto que ese suceder pueda ser “registrado” por el cerebro, y luego *integrado* al pensar como un hecho certero, es imposible *producirlo* por medio del cerebro.

Como se llega a vivenciarlo, lo muestro en mis libros.

¡Sólo afin de *señalar* aquí lo necesario, he *escrito* mis libros, - escritos realmente con la *sangre de mi corazón*!

Dado que existen *muchas* posibilidades de provocar el mencionado suceso, muestro también las *particularidades* de las individualmente diferentes

formas de recorrer el Camino que conduce a la meta.

Cada palabra que he escrito sirve para mostrar el Camino, así que quien quisiese andar por él, puede cubrirlo con poco esfuerzo y de la forma más apropiada a sus aptitudes. Cada palabra que he escrito sirve, aun cuando no sólo trazo el Camino, sino que al mismo tiempo muestro ciertas *perspectivas* que se presentan de tales paraderos o de la meta final de ese Camino conocido tan solo por unos pocos.

Es un error no totalmente irreparable, cuando ciertos lectores de mis escritos creen que sus capacidades son *ilimitadas* y que sólo habría de estar en la voluntad de cada cual el poder andar por el Camino en esta y aquella forma mostrada por mí o en todas *al mismo tiempo*.

Cada ser humano trae consigo a esta Tierra una predisposición *diferente*, y cada uno está desde su juventud condicionado por personas y circunstancias, por experiencias como también por las ideas propias y ajenas, así que todo ello determina, de que *forma* debe de andar por el Camino, si quisiese entrar “en el espíritu”.

Creo que muestro suficientemente en mis libros, las condiciones que corresponden respectivamente a *una* u *otra* forma.

Seres humanos de mi condición, al igual que yo, conocen las distintas

formas de recorrer el Camino, pero como crecieron bajo la inflexible tutela de sabios maestros de Oriente, disciplina que nos parece “cruel”, experimentan el contenido de mis escritos como “demasiado fácil de entender”, ya que son de la opinión de que el Camino para entrar en el espíritu debe estar lleno de obstáculos, ya que solo aquel que no se dejase desalentar por el más terrible obstáculo sería merecedor de llegar a la meta.

Lo mismo pensaron los verdaderos iniciados de los *antiguos* “misterios” en China, India, Babilonia, Persia, Egipto, Grecia y Roma, en tanto se trató de un conocimiento real de las mismas posibilidades del suceder, de las cuales se habla en mis libros.

¡Sin embargo y a pesar de todo, no se debe creer que he sido tan “claro”, como lo soy en mis textos, sin haber tenido responsables motivos válidos para ello!

Es cierto que la decisión recayo sólo *en mí*, pero a la vez también supe porque se me dejó tomar la decisión.

No soy ni un hombre de la antigüedad, ni un oriental, si bien me encuentro *sustancial e espiritualmente* incluido en estos *dos* círculos de vida, tanto espacial como temporalmente, - pero como Europeo del siglo veinte, según el calendario cristiano, también conozco lamentablemente la característica principal de la humanidad de mi tiempo, la *impaciencia*, y por esto se que sólo unos pocos podrían entonces albergar la viva esperanza de obtener

provecho de mi enseñanza, si resolviese hablar en un lenguaje oculto, intentando obstruir aquello que quiero hacer accesible a todos.

Es cierto que en toda mi obra escrita trata de cosas que no se dejan fácilmente expresar por medio *del lenguaje*.

Lo que tengo que decir no se deja fácil capturar *en palabras*.

Tampoco trato con un público de lectores suficientemente *preparado*, dado que en la vulgarización de ciertos conocimientos sobre círculos de culturas pasadas o bien culturas alejadas de Occidente, se sabe que hay que tener en cuenta, que aun entre los eruditos en cuestión, no se conoce la característica que dentro de este campo de conocimiento, distingue la superstición del verdadero *conocimiento de la realidad*.

Sólo pueden saber sobre esas características, aquellos seres humanos que ya han *entrado* “en el espíritu” y por ello están en condiciones de percibir “desde el espíritu”.

Más yo no escribo para esas personas, y ellos pueden sencillamente prescindir de mis palabras.

Sin embargo aquel que quiere ser mi alumno, ya que para él se trata de encontrar el Camino de la manera que le es propia, a fin de entrar “en el

espíritu”, le haría bien en no *mezclar* arbitrariamente *entre si* las distintas formas por las cuales se ha de recorrer el Camino, sino escoger aquella que especialmente le guste, dejando tranquilamente de lado aquellas otras posibilidades por mi señaladas.

No hablo del espíritu sustancial, a fin de proponer una enseñanza que sólo los más estoicos sean capaces de poder seguir.

Muestro desde el espíritu que es *amor*, la manera del amor y la eterna e inagotable misericordia: - el Camino de la compasión.

No solo señalo el Camino, sino también indico sus características, las cuales el buscador necesita conocer.

Cada uno puede seguir las indicaciones del Camino que les sean *fácilmente* comprensibles, y no debe dejarse confundir por las indicaciones que les corresponden a *otros* buscadores.

Lo que yo denomino en mis escritos con la palabra “espíritu”, no se deja comparar con lo terrenalmente conocido.

Es la *más esencial* forma de representación del *Ser-Primordial*, desde donde emana todo lo existente, - desde lo cual todo lo que existe recibe “*vida*”, en tanto permanezca en su respectiva forma individual.

Cuando digo: es como el libre e inconcebiblemente voltaje mas alto de electricidad que *penetra* a todo cuerpo que entra en su campo de fuerza, *manifestándose en él* según su aptitud, - no es por cierto una comparación, sino mas bien, una imagen útil para ayudar a no caer en la confusión.

Llevamos dentro de nuestro la capacidad de experimentar aquel Ser-Primordial, pero sin nuestra participación consciente, no se obtiene tampoco “gracia” alguna que permita desplegar esta mencionada capacidad, capaz de revelarnos el mundo del espíritu esencial y sustancial.

Este Mundo del eterno-espíritu-primordial que a su vez abarca incontables mundos individuales, no es algo rígido y inalterable, ni un caos desordenado, sino un continuo movimiento: - un cosmos, de claras formas en continua transformación, las que sin embargo son en su esencia, idénticas a si mismas.

El que quiera aprender a experimentar en espíritu el mundo del espíritu, debe antes eliminar dentro de si los impedimentos que surgen de su imaginación, como si lo espiritual, inaccesible al ojo terrestre, le fuese de ninguna manera sensorial, sino mas bien algo evanescente, un soplar y un ondear inarticulado sin una configuración determiada.

Él deberá tener en claro, que la propia y última *causa primordial de su vida* es el espíritu, - que también el organismo del “cuerpo” *espiritual*

puede ser activado en su corporificación terrenal, y que luego los “sentidos” puramente *espirituales* se despliegan en lugar de los sentidos físicos.

Sin embargo, el buscador debe saber que dentro del espíritu, uno sólo puede experimentar según un modo *espiritual* de ver, así como en la Tierra se puede experimentar el mundo físico que nos rodea sólo como consecuencia de un modo de ver *físico*-sensorial.

Y así como en el mundo físico la percepción del mundo está condicionada por los sentidos físicos, así también dentro del espíritu sólo puede ser vivenciado aquello que el estado de desarrollo de los sentidos espirituales de cada uno le permite hacer posible vivenciar.

Y así, como en nuestro mundo físico, los sentidos terrestres muestran diversas posibilidades de desarrollo, condicionando de manera *diferente* la vivencia del mundo de cada ser humano, según prevalezca uno u otro sentido, así también la vivencia espiritual depende de la capacidad de desarrollo de los sentidos *espirituales* que en cada espíritu humano es diferente.

Pero para que la serie de analogías que aquí muestro sea completa, debo llamar la atención al alumno de una esencial igualdad que por cierto presupone todo lo arriba mencionado, pero para la evaluación del

vivenciar espiritual, no está de ningún modo en último lugar.

Estoy hablando aquí del hecho de que podamos experimentar lo espiritual igual a lo físico-sensorial, percibiendo de manera *objetivamente-fría*, como también con toda la calidez de una concordancia del *alma*.

En el experimentar *físico-sensorial*, como en el experimentar *espiritual-sensorial*, siempre se trata sólo del vivenciar de los distintos *aspectos* de la misma *fuerza primordial*, la que he denominado en uno de mis libros como “*lo único real*”.

En esa “*única realidad*” nadie más suele penetrarla por toda la eternidad que su *propia* “conciencia”, así como incluso a los más elevados e inimaginables niveles del ser espiritual-humano ella les sería como no existente, si su existencia no produjese la manifestación de la influencia de las *fuerzas del alma*, que aspiran a incidir en nosotros tanto en la vida físico-sensorial como en la vida espiritual-sensorial, si es que nosotros mismos no impedimos tal accionar.

Por eso es muy significativo *unificar* tales fuerzas del alma a nuestra voluntad más profunda, - las que sabemos *identificar* con esta voluntad. -

¡No solo para nuestro experimentar en la Tierra, sino también, en mayor grado, para nuestro *espiritual-eterno* experimentar!

Por eso, para quienes quieran entrar en el espíritu, es el deber más elevado y estricto, proteger de “daños” a sus fuerzas del alma, para que su más elevado aspirar no termine con la “*muerte*” del alma, ya que careciendo aquel percibir objetivamente-frío del fervor del alma, constituye una *auto-condenación* que no ha de expirar, hasta que la conciencia-individual se consuma en el transcurso de eónes ...

Por eso, para los vehementes luchadores a favor del *alma*, se trata de que el “espíritu” de los *cerebros* no mate al alma, y aunque desconociendo ellos el *eterno* espíritu *sustancial*, no están dentro de su campo de experiencia de ningún modo equivocados. -

En realidad, el experimentar del eterno espíritu sustancial es totalmente independiente del “espíritu” de los cerebros: - del pensar y del razonamiento extrapolar.

Solamente para el *reconocimiento* y la *comunicación* de lo espiritualmente experimentado, necesitamos aquí, en el estado físico-sensorial, la actividad del cerebro.

En cambio son las *fuerzas del alma*, las que - si puedo decirlo sin peligro de propiciar un error de entendimiento - dentro de nuestro espiritualmente formado “Yo”, *reemplazan* al cerebro físico, constituyendo recién la eterna justificación de este experimentar.

Después de todos estos razonamientos que sirven para *simplificarles* a mis alumnos la conformación de la vida según las indicaciones de mis libros, debo sin embargo otra vez advertir, que yo mismo soy muy consciente de que todo el lenguaje humano sólo constituye un medio bastante insuficiente para la exposición de la realidad espiritual.

Por eso debo solicitar a mi alumno que no se distraiga gratuitamente, en el sentido de ejercitar su indudable perspicacia buscando descubrir si a mis palabras se les pudiese haber quizá dado un *otro* sentido diferente al que les he dado, ya que creo haberles buscado una designación suficientemente clara y exacta.

Pues no hay otra manera diferente de hablar, sobre una vivencia que uno habrá de haber *experimentado*, a fin de darla a conocerla, que a través de descripciones, imágenes y parábolas.

¡Debo dar por sentado la sincera *voluntad* en mis alumnos de querer entender!

Por otra parte, tengo que ser lo suficientemente claro para advertir sobre la práctica de un rígido *culto a la palabra*, respecto a mis libros.

Mi alumno debe aprender a percibir el *sentido* dado a través de mis palabras y luego *actuar* conforme a ese sentido.

¡De verdad no quiero dar vida a una nueva ortodoxia!

Cada uno puede tranquilamente traducir mis palabras a su lenguaje más cercano y personal, si ello le ayuda a facilitarle el entendimiento.

Cuanto más distancia haya recorrido el buscador en su Camino, tanto menos esencial le resultará toda elección de parábolas, o a causa de la insuficiencia de las palabras del idioma adaptadas a las condiciones terrenales-externas, ya que todo aquello que él encontró afirmado por la propia experiencia, es lo que le servirá para todo lo que vendrá como una certera e instructiva clave.

Fin